

7. El Enunciador Ingeniero: Construcción de identidad política en el discurso del intendente Miguel Lifschitz (ROSARIO, 2003-2007)

TOMÁS LÜDERS

En sus discursos oficiales como primer magistrado de la ciudad de Rosario, Miguel Lifschitz, construye un relato a partir del que fundamenta la capacidad de su gestión de responder *objetivamente* a la pluralidad de demandas de lo que es definido como un colectivo identitario sin exclusiones internas. Interpelando a sus destinatarios a través del uso del colectivo *Rosario*, postula implícitamente que los “vecinos y vecinas” de la entidad representada poseen una *voluntad común* respecto a los asuntos de la entidad a la que su gestión representa imparcialmente. A la vez, su proyecto se propone como consensuable con el de las demás fuerzas políticas de la ciudad y con el gobierno provincial, de signo partidario diferente. No obstante, las oposiciones serán planteadas como una *potencialidad*, localizables a futuro entre quienes no reconozcan la universalidad de su representación.

94

Palabras clave: Lifschitz, Rosario, discurso político

El trabajo de investigación, de cuyas principales conclusiones intenta dar cuenta este artículo, se enmarcó en el PID *Las identidades colectivas en la construcción de la imagen de ciudad. El caso Rosario (2006-2010)*¹.

A partir de una articulación de los principales conceptos de la teoría del discurso de Ernesto Laclau con los trabajos de Eliseo Verón sobre el discurso político y diversos desarrollos teóricos sobre los géneros y tipos discursivos, se realizó un abordaje crítico-interpretativo de los discursos oficiales enunciados por Miguel Lifschitz durante su primera gestión como intendente de la ciudad de Rosario (2003-2007). Partimos de la hipótesis de que los sucesivos discursos analizados pueden ser abordados como episodios particulares y sucesivos de un relato cuyas categorías fundamentales están

1 Programa de investigación y desarrollo del Centro de Investigación en Comunicación y Cultura, dirigido por la Dr. Susana Beatriz Frutos (UNR), proyecto radicado en la Secretaría de Investigaciones, Facultad de Ciencia Política y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Rosario. (2006 a 2010)

definidas explícitamente en un mismo primer acto de enunciación, a través del que se establecía una relación de identidad² entre una gestión política particular, la encabezada por el intendente Lifschitz, y las demandas y necesidades de los ciudadanos interpelados. Éstas eran y fueron (re) presentadas, en el *encadenamiento* discursivo analizado, como las demandas de una totalidad heterogénea, pero armónica. La diversidad de demandas interpeladas e interpelantes se suponen armónicas bajo la idea de que un colectivo singular, Rosario, las unifica detrás de un mismo Ideal, el *desarrollo de la ciudad*. En este sentido, el *dispositivo de enunciación* que vincula al enunciador con sus destinatarios es a la vez un *esquema actancial* que sobredetermina estratégicamente cada elemento contextual que actúa como condición de producción, contingente, de los sucesivos *eslabones* discursivos.

Punto de partida

Entendemos que los sentidos articulados en torno a lo político han excedido desde siempre el ámbito de la discursividad particular del campo de la política institucionalizada. Siguiendo a pensadores “posfundacionalistas” (CFR. MARCHART 2010) como Badiou, Lefort y el propio Laclau, entre otros, podemos afirmar que los sentidos *sedimentados* de lo social dependen de la “rutinización” de articulaciones simbólico-imaginarias resultantes de conflictos políticos más o menos prolongados³. No hay entonces una *objetividad social* que determinen en última instancia a lo político desde una instancia exterior y trascendental. Entendemos además que los discursos en los que se ponen en discusión la sustancia de lo social desbordan cada vez más la palabra enunciada por los políticos profesionales, volviéndose más evidente la *politicidad* subyacente en el resto de los campos sociales.

Sin embargo, no estamos obstinándonos en privilegiar un objeto en extinción, sino que hablamos de un fenómeno que tiene nuevos condicionantes. Las figuras enunciativas construidas por los líderes políticos profesionales son operadores que se proponen como interpretantes fundamentales de lo público⁴, más allá de cómo los cambios en las condiciones de producción de sus discursos puedan relativizar la verosimilitud de sus

2 Aunque *funcionalmente* deberíamos hablar de una relación de “complementariedad”, en el sentido que Verón le otorga al término siguiendo a Bateson en varios de sus trabajos (Verón 1998, 2001, 2004, et. alt.), ya que en todo régimen político representativo hay una asimetría entre representantes y representados, lo cierto es que la posición enunciativa de Lifschitz “intenta” diluir las diferencias a través de lo que parece ser un modelo representativo que nos reenviaría transparentemente a una “voluntad común” que lo precede y a la que se es “fiel”.

3 Como explica Ernesto Laclau (1993) siguiendo a Hurssel, la sedimentación es el momento por el cual ciertas prácticas se rutinizan y olvidan sus momentos originarios de institución, apareciéndose nos como *lo dado*, se transforman así en las leyes objetivas de lo social.

4 A lo largo de este texto utilizaremos la palabra “público” para evitar la constante reiteración del término social. La elección no es una mera cuestión de estilo, ya que si bien entendemos que lo público y lo social no son sinónimos (y a la vez no adscribimos a la tradicional escisión liberal de lo social entre civil-privado y público) sí entendemos que lo público constituye el ámbito legítimo de discusión de los asuntos sociales, cuya localización, mediatización de las prácticas sociales mediante (cfr. Verón 2001), es cada vez más compleja.

argumentos. Nuestro supuesto es que las voces de quienes ocupan cargos gubernamentales en las poliarquías modernas, o los disputan con relativo éxito, son aún *mudos de referencia dominante* en la red interdiscursiva en la que circulan las discusiones públicas. En este marco, a pesar de los condicionantes, y la multiplicación y complejización de los dispositivos de enunciación gubernamentales, es la voz de quien lidera el Ejecutivo el centro de referencia fundamental para quien se remite a lo que “dice un determinado gobierno”.

Desde esta perspectiva, entendemos que para legitimar discursivamente su posición, todo líder político construye un *dispositivo de enunciación* desde el que interpela a los ciudadanos a través de un sujeto discursivo colectivo, un *nosotros inclusivo* que puede cobrar superficialmente diferentes formas léxico-gramaticales, pero cuyo contenido semántico básico permanece invariante⁵. Vale aclarar que desde nuestra posición, consideramos que formas y contenidos interpelantes no son ni representaciones transparentes de entidades extradiscursivas ni producciones aisladas de significaciones imaginarias preexistentes, sino que el discurso político imprime nuevos sentidos sobre lo preexistente⁶. Por ello, al explicar la estrategia de construcción de identidad política subyacente en los discursos del intendente Miguel Lifschitz, creemos estar acercándonos a una superficie en la que se inscribe algo del orden de los imaginarios sociales sobre la ciudad de Rosario de aquel periodo reciente.

96

En un primer abordaje de los textos analizados, y como se mencionó al principio, observamos que en ningún caso estábamos frente a la presencia de actos discursivos aislados, sino frente a enunciados que respondían a una misma lógica enunciativa que los desbordaba. Así como, tomando la terminología greimasiana (CFR. GREIMAS 1980, 1990A, 1990B), podemos decir que cada uno de los recortes temáticos eventuales de los sucesivos enunciados estaban determinados por una *semántica y sintaxis fundamental*, también es posible encontrar una *deixis fundamental* que excede cada situación de enunciación concreta. Como veremos a partir de algunos ejemplos, el enunciador Lifschitz construye un *aquí y ahora* y un *nosotros* inicial y recurrente que subordina a cada *yo, ustedes y ellos* ocurrente. A partir de estos *fundamentos*, Rosario es representada tanto como el espacio-tiempo continuo compartido, como el *nosotros identitario*: la ciudad, su historia y su futuro es a la vez el sujeto activo de la historia narrada, como el objeto sobre el que se actúa. Desde esta entidad *agente-paciente*, se articularán los diferentes roles actanciales y marcos contextuales más amplios⁷. Durante el acto de asunción de

5 Como aclaración fundamental, y si seguimos la teoría de la enunciación en sentido estricto, muchas veces el “nosotros” utilizado por Lifschitz será un nosotros que excluye al destinatario-ciudadano, para incluir al colectivo de los funcionarios de su gestión o al resto de la dirigencia política de la ciudad (“nosotros los políticos”). Sin embargo, el análisis del discurso nos permite constatar que el nosotros fundamental es aquél que intenta que una *particularidad* (la gestión municipal de Lifschitz) establezca una relación de identidad con el conjunto social interpelado (ver nota al pie Nro. 2).

6 En esto no somos originales, se trata de algo ya bien estudiado por la retórica aristotélica.

7 Consideramos que la función del discurso político es apelativa, pero sus segmentos superestructuralmente argumentativos dependen siempre de lo dicho en sus segmentos narrativos: en el acto enunciativo político se representa siempre una propuesta de acción futura del enunciador sobre un estado del presente compartido con sus enunciatarios, a través de la explicación de su origen en una historia también compartida. Entendemos que tanto la descripción de una situación social compartida –sus problemáticas y necesidades– como el programa de acción sobre dicha situación se estructuran necesariamente

mando en diciembre de 2003, Lifschitz sostenía:

“Estamos cumpliendo hoy los primeros 20 años de democracia, después de la larga noche de la dictadura (...) Fueron años difíciles y traumáticos. Una página de nuestra historia reciente que los argentinos no debemos olvidar, pero sí dejar atrás rápidamente. Rosario, sin embargo, aunque fue sacudida por los cimbronazos de los conflictos y la crisis que se dieron en el país, supo encontrar maneras de construir un camino distinto. (...)

Nos toca la responsabilidad histórica de conducir el gobierno de la ciudad durante los próximos 4 años, en un escenario que surge como más promisorio y alentador. Nuestro primer compromiso, entonces, es alentar, apoyar, contribuir a este esfuerzo nacional desde esta ciudad.

Queremos ser parte de la conformación de un nuevo modelo de país, más equilibrado y solidario, donde las grandes ciudades del interior, como la nuestra, se constituyan en los pilares en los que se funde el desarrollo económico y la nueva institucionalidad del país. Esta ciudad tiene vocación de protagonismo en el país que se viene. No queremos que la historia nos pase por el costado nuevamente”⁸.

97

A partir de esta *situación inicial*, los enunciados se encadenarán episódicamente siguiendo un programa narrativo-argumentativo que articula diacrónicamente una cadena sintagmática en la que el marco-argumento para el abordaje de cada nuevo tema (de cada *rema*) ha sido planteado desde el inicio, pudiendo volver a ser referido en sucesivas enunciaciones. De esta forma, en marzo de 2004, el enunciador Lifschitz retomaba el punto de partida:

“Un nuevo país que comienza a renacer de sus cenizas generando enormes expectativas y esperanzas renovadas en la mayoría de los argentinos nos invita a sumarnos en la enorme y desafiante tarea de construir el futuro de dignidad, de paz y de progreso al que aspiran todos nuestros compatriotas.”

E inmediatamente proseguía:

“En este contexto, tomaremos como prioridad ineludible la lucha por la autonomía municipal. Necesitamos mejores herramientas para atender los problemas de la ciudad y de la región que reclaman nuestra atención. Necesitamos nuevos marcos legales que nos permitan actuar con efectividad.”

El punto del que se parte sigue siendo el contexto venturoso en el que se está construyendo entre todos los argentinos un nuevo modelo de país, y en el que Rosario tiene

como una *narración* cuyos personajes son identificados como entidades de la realidad *contada*. Así por ejemplo, en los textos políticos, los conectores de sucesión tienden a fusionarse con los conectores de causa-efecto, y los elementos de correferencia del texto narrativo (catáforas, anáforas y conectores espacio temporales endofóricos) se superponen muchas veces con las marcas espacio-temporales de la enunciación (deixis). El “desenlace feliz” del relato depende de la aceptación de la legitimidad del diagnóstico y el programa de acción propuestos.

8 Mensaje del Intendente Municipal de Rosario en el Concejo Municipal (10 de diciembre de 2003)

“*vocación de protagonismo*”. Pero “*en este contexto*” se pide que se cumpla para tal fin con un reclamo particular y, como veremos, conflictivo: “*la autonomía municipal*”, que se ve justificado por la contribución que Rosario puede hacer al objetivo precedente más amplio.

El otro negativo

Dejamos claro que desde nuestra posición, si bien consideramos que conceptos del campo de la narratología como los que venimos trabajando, aportan elementos extremadamente útiles, el uso exclusivo de abordajes que se centran en formalizaciones *inmanentistas* de los textos no permite un análisis de las estrategias discursivas. Éstos nos brindan elementos para describir tanto la estructuración interna de los enunciados políticos y su isotopía interna, como su recurrencia formal y temática en otros discursos, pero no nos permiten comprender acabadamente aspectos esenciales como la particular interdiscursividad que le impone el campo social al que pertenecen. En este sentido, Verón afirma que “...*todo acto de enunciación política supone necesariamente que existen otros actos de enunciación, reales o posibles, opuestos al propio. En cierto modo, todo acto de enunciación política es a la vez una réplica y, supone (o anticipa) una réplica*” (VERÓN 1987). En este sentido también, siguiendo a autores como Bajtin o el más cercano Ducrot (1994), para entender la función de los géneros discursivos es importante remitirse a cómo los formatos, léxicos y temas se subordinan a los contextos, que incluyen siempre como factor estructurante lo *ya dicho por otros*. Si el discurso político es un discurso que propone una inversión de lo definido como un estado insatisfactorio de *lo social* —la superación de un contexto (la situación compartida)— o la preservación de un orden venturoso amenazado, se debe a que el campo social que ocupa el agente político es el lugar en el que está legítimamente declarada la discusión de alternativas sobre el funcionamiento y los fundamentos de lo social (CFR. LÜDERS 2009A).

98

En sus trabajos sobre el discurso político contemporáneo, tanto Verón como Laclau destacan la centralidad que adquiere la construcción de un “otro negativo” (VERÓN 1987, 1999, 2001) u “antagonista” (LACLAU 1985, 1990, 2005, ET. AL.) dentro de una formación político-discursiva. Tal es así que desde ambas perspectivas teóricas, se termina por sostener que es a través de relaciones de diferenciación y oposición que se constituye toda identidad política. Tanto para Laclau como para Verón, la *eficacia* de un discurso depende de la identificación de los sujetos interpelados con la construcción del *nosotros* que se constituye en su enfrentamiento a lo que es propuesto por el propio discurso como obstáculo común⁹ encarnado por un *otro*. Hay claro, importantes variaciones en las modalidades de construcción de ese otro y ese nosotros. Desde nuestra perspectiva, son justamente estas variaciones las que definen las características particulares de una estrategia política. Considerando válida la capacidad performativa que tanto Verón como Laclau le otorgan a lo simbólico, entendemos que la eficacia del discurso político constituye un aspecto central en la construcción de *hegemonía* política: aquel que pasa por la construcción de un colectivo de identidad entre quien detenta posiciones de poder político institucionalizado y una parte mayoritaria de la comunidad.

9 No se trata, como en el caso de Carl Schmitt (1999), de un enemigo externo, sino que la frontera identitaria es trazada con un elemento de la sociedad a la que se pertenece.

En síntesis, debido a que la hegemonía política emerge de una *lucha* por la captación de la aprobación mayoritaria de un determinado proyecto político entre otros proyectos, la construcción de un *destinatario positivo* en cada estrategia discursiva supone necesariamente la construcción de un *adversario*, representado en cada texto como poseedor de la “creencia inversa” en lo propuesto (VERÓN, 1987). Esta creencia compartida y esta oposición a otro-adversario son cardinales para la constitución del *vínculo* entre un enunciador político y sus destinatarios, y por ende para la constitución de una *identidad política común* (VERÓN 1987, 2001). Es decir que la representación política no implica la fidelidad de quien enuncia hacia la identidad de sus representados, ésta no es un dato *a priori*. La representación política es *performativa* y *retroactiva*. Así como Verón (1987) señala que todo discurso político tiene por finalidad que sujetos diversos se identifiquen entre sí a partir de un vínculo con una figura representativa particular, Laclau sostiene, en forma semejante, que el discurso político vuelve “equivalentes” demandas heterogéneas y diversas al ser unificadas bajo el nombre de una “contingencia” que aparece como un “horizonte” de identidad “necesario” (LACLAU 1985, 1990, 2005, ET. AL.) La falta de *determinaciones a priori* que ligen entre sí las demandas diferenciales, es lo que en un mismo movimiento hace necesaria la exclusión de un elemento como radicalmente diferente, es decir, como lo que desde una posición teórica asociada a la de Laclau, Chantal Mouffe (2007) ha llamado “exterior constitutivo”.

99 Pero si Laclau postula que lo adversativo y lo equivalencial son factores constitutivos de toda lógica política, también existe otra dimensión que es *suplementaria* de la lógica equivalencial-adversativa, aunque a menudo aparezca diferida del centro discursivo: la representación diferencial de demandas (“lógica de la diferencia”, en la terminología de Laclau [1985, 2005, ET. AL.]). Para Laclau, en toda discursividad política hay una *tensión* entre estas dos dimensiones, tensión que es irresoluble. Toda representación política necesita construir un colectivo homogéneo que la legitime, y a su vez, debe, al menos en cierta medida, responder diferencialmente a las demandas que le son previas, aunque éstas sean conflictivas entre sí. La construcción de un conjunto de ellas como ilegítimas, es decir como parte antagónica, sólo resuelve parcialmente esta tensión. La lógica equivalencial-adversativa ocupará el centro en los contextos de confrontación evidente (por ejemplo, durante una campaña electoral... o una revolución), volviéndose lo diferencial suplementario, y a la inversa, en contextos como los posteriores a la victoria de determinada fuerza, será la lógica diferencial la que ocupe el centro, siendo la otra diferida, aunque nunca esté ausente (así por ejemplo, la parte victoriosa puede incluso proponerse la integración de demandas representadas por quien hasta entonces era nominado como el adversario [CFR. ABOY CARLÉS 2005, VERÓN 2001, LEFORT 1991, ET. AL.]). A continuación trataremos de explicar brevemente cómo se intenta resolver esta tensión en el discurso del ingeniero civil socialista Miguel Lifschitz durante su primera gestión como intendente de Rosario.

El enunciador Lifschitz

Miguel Lifschitz asume como intendente municipal de la ciudad de Rosario por el Frente Progresista¹⁰ en diciembre 2003, año que signa el comienzo de la recuperación

10 Frente Progresista conducido por el Socialismo rosarino que incluía a sectores del radi-

de la aguda crisis político, social y económica que tuviera su apogeo entre fines del año 2001 y comienzos del 2003. El 25 de mayo de 2003, Néstor Kirchner (PJ) había jurado como presidente de la Nación pronunciando un discurso de ruptura con los gobiernos definidos como responsables de la crisis, recuperando y fusionando significantes de la militancia peronista de izquierda y el nacionalismo reformista (CFR. ABOY CARLÉS 2005). En sus palabras de asunción del cargo y en sus posteriores manifestaciones, el entonces presidente Kirchner manifestaba su intención de articular desde su gobierno un frente político a partir de una apertura “transversal a las fuerzas progresistas”, entre las que el socialismo gobernante en Rosario sería incluido. La propuesta del nuevo gobierno nacional es bien recibida por gran parte del socialismo rosarino (particularmente Hermes Binner y Miguel Lifschitz, las figuras más *reconocidas de la gestión socialista rosarina*).

En ese contexto, se produce una rápida recuperación del crecimiento económico y el empleo impulsada por el alza internacional de los *commodities* agrícolas y la devaluación cambiaria que beneficia al sector industrial radicado en el país. La ciudad de Rosario y su área metropolitana, poseedora de una elevada tasa de desocupación y pobreza, aparece como uno de los principales centros de la reactivada actividad aeroportuaria e industrial.

Como ya vimos a partir de la cita anterior, la asunción de Lifschitz en diciembre de 2003 coincide también con el 20 aniversario de la recuperación de la democracia. Como funcionario municipal desde la primera intendencia socialista de la ciudad, se presentará así mismo en su discurso de toma de mando¹¹ como testigo privilegiado del nuevo proceso democrático, describiéndolo como “*conflictivo, complejo y crítico*”, en particular durante aquellos años que coinciden con el final del siglo XX, durante los que, según Lifschitz, se produjeron “*difíciles y traumáticas*” transformaciones en la economía y la sociedad. Como ya vimos, en el mismo texto Lifschitz destaca la diferencia entre el modelo político que condujo al país hacia la crisis, y las gestiones municipales locales, que le permitieron a Rosario “*encontrar maneras de construir un camino distinto*”, estando dichas gestiones lideradas por “*personalidades fuertes y diferentes*”, que supieron continuar con “*los grandes trazos de la transformación de la ciudad*”.

100

Como ya se citó antes también, a su vez, sin mencionar una vinculación con el gobierno nacional en particular, se describe así mismo como comprometido desde la gestión municipal rosarina con “*un país que está realizando un esfuerzo por recuperar las instituciones y valores*” y con la “*reconstrucción proyecto nacional*” sustentado en el “*trabajo y la producción*”, un proyecto que debe apuntar al largo plazo. El recurrir a un colectivo singular que engloba al total de la comunidad, “*el país*”, le evita al enunciador Lifschitz referirse a un sector social o político en particular como autor del mencionado “nuevo proyecto”, apareciendo como la obra colectiva de “*todos los argentinos*”¹². A la vez, al mencionar su intención de construir un proyecto de ciudad a largo plazo que sea parte de ese nuevo país que se reconstruye, el intendente electo se presenta como continua-

calismo, al Frente Grande, demoprogresistas e independientes.

11 Mensaje del Intendente Municipal de Rosario en el Concejo Municipal (10 de diciembre de 2003)

12 En el ya citado artículo, “La Palabra Adversativa”, Verón (1987) menciona la “extrema importancia” de estos colectivos singulares que no admiten la cuantificación y difícilmente la fragmentación.

dor en el despliegue de estos *grandes trazos* establecidos por las gestiones municipales desde la recuperación democrática, *ahora* dentro del contexto más promisorio y con un “*proyecto nacional*” acorde (volveremos sobre la cuestión).

Si en su primera alocución oficial de diciembre de 2003, Lifschitz definirá su posición frente a la situación de inicio de su gestión, trazará las perspectivas de evolución de la misma y definirá las grandes líneas de su programa de gobierno, en las posteriores inauguraciones de sesiones ordinarias del Concejo Municipal de los años 2004, 2005, 2006 y 2007 irá describiendo la evolución del mismo, y planteando los cambios de acuerdo a las variaciones producidas en lo definido como el contexto social compartido con sus destinatarios. No obstante, como ya señalamos también, a partir del análisis de estas piezas podemos destacar que es en su primer discurso oficial de diciembre de 2003 que Lifschitz despliega las categorías que sobredeterminarán los sucesivos contenidos de los posteriores actos enunciativos: es en el breve texto de 2003 en el que define sus competencias como sujeto político –que definen su saber, querer y poder hacer– y el cuadro de situación principal –el objeto sobre el que desplegará ese hacer—¹³.

“Catástrofes” y antagonismos diferidos

101

Decíamos entonces que Lifschitz presenta en su discurso de asunción una situación nacional y local en la que se vislumbran nuevas posibilidades de “*desarrollo*” para “*el país*” y para Rosario, luego de un periodo democrático conflictivo y de “*la larga noche de la dictadura*”. Hemos mencionado ya cómo, más allá del contexto nacional, la enunciación política supone de por sí, particularmente al comienzo de una gestión o en la lucha eleccionaria, la necesidad de legitimar la posición del enunciativo en el campo político presentándose como poseedor del *saber* y el *poder hacer* para la resolución de necesidades y reclamos (“demandas” en la terminología Laclauiana) definidos por el discursos del propio enunciativo como las legítimas demandas sociales. Siguiendo tanto a Laclau y Verón, sosteníamos que este *poder-hacer* implica definir un obstáculo a superar —a dejar atrás en la historia—, es decir un *hacer-contra* para la superación de una etapa anterior en la que dichas demandas eran injustamente marginadas. En el caso particular de Lifschitz, este *obstáculo* a superar no es referido a las gestiones anteriores, de las que, como dijimos, se construye como continuador, tampoco se representa así mismo como enfrentado a un proyecto local, ni al gobierno provincial o nacional, ambos en manos del justicialismo. Como ya vimos, en su primer discurso oficial y en los sucedáneos, describirá a su proyecto como coherente y consensuable con el del gobierno nacional (estratégicamente descripto como proyecto colectivo de todos los argentinos), y, como veremos, también con el del gobierno provincial¹⁴, y con los legisladores de diferente signo político que componen el Concejo Municipal. El contexto es promisorio y por ende los problemas y sus responsables (después del quiebre de 2001) quedan anclados en el pasado.

13 Por esta razón y por razones de espacio, la mayoría de los ejemplos que nos permiten ilustrar la lógica discursiva del Intendente Lifschitz se acotan al mencionado texto.

14 Por entonces el justicialismo santafesino había derrotado en una elección simultánea a la municipal al candidato socialista Hermes Binner, que encabezaba un frente conjunto con el radicalismo y el demoprogresismo, entre otras fuerzas.

Como ya explicamos, un elemento central de la estrategia de Lifschitz es la identificación de su gestión con el colectivo singular Rosario, en el que se incluye a la totalidad de la comunidad local sin fragmentación: a los “*vecinos y vecinas*” (alternativamente identificados en su carácter de demandantes postergados, ciudadanos activos, emprendedores, desocupados, trabajadores, niños, jóvenes, adultos mayores, mujeres, hombres, pobres...); a toda la dirigencia política (incluyendo a la oposición); a los empresarios a los que se invita a participar de un “*modelo de desarrollo productivo local solidario*” (es decir, se los invita a “ganar” generando empleo); etc. No hay exclusión de ningún elemento interno de la comunidad, al menos no explícita. Rosario es un conjunto compuesto de diferencias sin conflicto. Así por ejemplo, que en una misma cadena sintagmática se articulen significantes como “*empleo genuino*”, “*producción*” y “*crecimiento económico*” (ver infra), remite a una armonía entre sectores sociales: la producción da trabajo, y esto hace al progreso. Un primer factor estratégico para la armonización de las demandas diferenciales (para constituir las en una cadena equivalencial en términos de Laclau) pasa por *describir* una frontera antagónica común con un pasado “catastrófico” cuyos responsables permanecen anónimos. Decía Lifschitz también en el breve texto de 2003:

“Los efectos de la catástrofe social y económica que azotó a nuestro país en la última década dejó al 55 % de nuestros vecinos y vecinas por debajo de la línea de pobreza. Este es, pienso nuestro principal desafío. El desafío de todos. La batalla contra la pobreza y la exclusión será nuestra principal preocupación y el eje de nuestra tarea en los próximos cuatro años. Esto requiere una acción permanente y sostenida destinada a generar crecimiento económico, empleo genuino y actividad productiva en la región. Pensamos en una ciudad que vuelva a ser, como lo fue en la primera mitad del siglo XX, una capital del trabajo y la producción, una ciudad de progreso, que recupere la cultura de trabajo y del esfuerzo”.

102

La palabra “catástrofe” es sin dudas un subjetivema (KERBRAT-ORECCHIONI 1993) que, por su pertenencia al campo semántico de los desastres “naturales”, diluye las responsabilidades de agentes sociales concretos. La catástrofe personificada es la que “azotó” al país¹⁵. Correlativamente, las acciones prospectivas destinadas a la recuperación aparecen relacionadas a subjetivemas pertenecientes a dos campos semánticos superpuestos que podríamos llamar de la “reconstrucción ingenieril” y otro que podríamos denominar “desarrollista”, lo que no necesariamente le resta a las tareas futuras cierto carácter épico, pero sí las aparta del campo semántico de la “lucha contra otro”: la tarea (reconstructiva) tiene por finalidad dejar atrás una catástrofe, no derrotar a un adversario¹⁶. Se busca que Rosario, junto al resto de las grandes ciudades del interior, se constituya “*en los pilares en los que se funde el desarrollo económico*”, se pondrán en marcha “*mecanismos*”, se “*planifica*” y se “*potencia*” “*fortalezas endógenas*”, etc. La nominalizaciones “*pobreza*” y

15 Véase un efecto similar en una cita ya realizada a través de la pasivización de la acción realizada por abstractos “cimbronazos” y “crisis” cuyos responsables jamás serán referidos, si quiera de forma general: “*Rosario (...) fue sacudida por los cimbronazos de los conflictos y la crisis que se dieron en el país*”.

16 Para pensadores como Badiou (1985) o Rancière (1996), la propuesta de Lifschitz se ligaría al campo administrativo de “lo dado”, y no al campo de lo político, ya que para ambos pensadores franceses, lo político se relaciona con la emancipación de sujetos de una estructura de dominación con la que debe romperse y no con una imposible armonización sin conflictos de posiciones que son, inevitablemente en el marco del capitalismo, desiguales.

“*exclusión*” despersonalizan aún más los obstáculos a superar, y eliminan cualquier tipo de conflicto atribuible a las desigualdades sociales.

Es destacable a sí mismo el recurso al pasado para proyectar un futuro venturoso: la ciudad “*vuelve a ser*” lo que alguna vez fue, y no se quiere “*que la historia nos pase por el costado nuevamente*”. La tarea entonces es revertir el tiempo, más que avanzar en él. Para el enunciador Lifschitz el progreso es circular, no lineal. De esta forma, todas las acciones prospectivas se ligán semánticamente entre sí por un mismo rasgo semántico: el movimiento de recuperación, la noción de volver a ser. El reconocimiento no es entonces sólo hacia lo que se puede ser a futuro, sino que, principalmente, se reclama un reconocimiento de lo que ya se fue en un poco preciso tiempo pasado (“*comienzos del siglo XX*”). Pero si se mencionan las postergaciones y la falta de reconocimiento, no emergen los responsables de las mismas. Rosario es un *todo comunitario* sin “dislocaciones” internas evidentes (LAFLAU 1993) cuyas carencias pasan por “*históricas postergaciones*” efectuadas por abstractos e indefinidos agentes exteriores (volveremos sobre esto).

La misma finalidad se persigue cuando, en el marco del pasado catastrófico, los años difíciles y traumáticos a dejar atrás, se mencionaba que Rosario (“nosotros”) “*supo encontrar maneras de construir un camino distinto*”. Aquí el campo semántico al que se ligán las acciones no es al del *volver*, sino al del “continuar a pesar de”. A él se ligán verbos como “seguir” o nominalizaciones como “continuidad”. Si mencionan las limitaciones por la falta de recursos (que impersonales instancias políticas de nivel superior deberían otorgar) y se mencionan lo que parecen tareas solidarias que exceden el marco del deber¹⁷, pero el discurso del otro-adversario es referido en lo que podríamos llamar una *cita de grado cero* sin autor manifiesto: tanto cuando se piden y reclaman a nuevas competencias para “volver a ser” como cuando se las reclaman para “seguir” (particularmente a partir del reclamo “macro” de la autonomía municipal desde el cual se articulan los otros reclamos) se hablará de “promesas” que “ya no alcanzan”. ¿Quiénes prometieron? Ellos no serán mencionados. La remisión al contexto sí nos permite saber que el reclamo de mayores recursos y competencias para los municipios a la provincia es histórico en la ciudad —se remonta a comienzos del siglo pasado—, y ha vuelto ha emerger con énfasis en el discurso público local desde comienzos de la recuperación democrática y desde diferentes liderazgos políticos (a menudo de signo político opuesto), dirigido siempre hacia quienes, desde la capital provincial, gobiernan la provincia¹⁸.

Es en este punto que Lifschitz introduce el reclamo concreto de la autonomía municipal. Dirá en la apertura de sesiones del Concejo Municipal de 2004 que es indispensable “*que (...) Rosario obtenga el reconocimiento de la autonomía municipal, sancionada por la Constitución Nacional en el año 1994, objetivo que será impulsado, en conjunto con el Honorable Concejo Municipal y con todas las instituciones de la ciudad, las gestiones y las*

17 “(...) Rosario es reconocida en el país y en el mundo por la calidad de su salud pública (...) Este servicio se presta gratuitamente no sólo a más del 60 % de nuestra población, sino también a toda la región, incluso a localidades muy alejadas (...). Queremos seguir presentado este servicio solidario a nuestras vecinas y vecinos y también a todo el sur de la provincia. (...) Pero esto no es posible si no asumimos con decisión y grandeza, con visión de futuro y con realismo, la necesidad de la integración de los sistemas de salud de la Municipalidad de Rosario y de la provincia.(...)” (Lifschitz, diciembre de 2003)

18 Gobierno hegemonizado por figuras del justicialismo capitalino hasta la elección de Hermes Binner por el socialismo en 2007.

acciones necesarias” para lo que tiene la seguridad de “contar (...) con el apoyo unánime de la dirigencia política de todos los sectores y la ciudadanía en su conjunto, como también con la decisión favorable del Sr. Gobernador electo, el Ing. Jorge Obeid”¹⁹. Es decir que para concretar el desarrollo de todo el colectivo agente-paciente Rosario, que permite, entre otros justos fines, acabar con la pobreza y contribuir con un “proyecto nacional para todo los argentinos” desde el interior, es necesario que antes se responda a una demanda que es parte de un reclamo que sí implica un conflicto histórico con un adversario “geopolíticamente” definido: el gobierno provincial controlado desde la ciudad de Santa Fe (¿el responsable de las promesas incumplidas?). Sin embargo, en el mismo texto Lifschitz señala que aspira: “a establecer una relación madura y responsable con el gobierno nacional, con el gobierno provincial y con los gobiernos comunales de la región. Una relación que privilegie los consensos, priorice los objetivos del desarrollo de la región y promueva la asociación y la sinergia”.

En la citada alocución de 2003 decía: “Necesitamos autonomía para tener poder de decisión en la prestación de servicios básicos para el desarrollo de Rosario (...) Pero no queremos autonomía separarnos de la provincia o para desentendernos de su destino”. ¿Quién ha señalado que se estaba pidiendo la autonomía para tal fin, si antes se señaló que se buscaba armonizar el desarrollo local con el provincial y el nacional? Lo que estamos encontrando en este párrafo, es un contra-argumentación que parece adelantarse a una refutación que aún no tuvo lugar —pero posible en el marco de un conflicto histórico que excede a los dirigentes actuales y a los debates de la situación inmediata—. Hacia el final del citado discurso de 2004, agrega estar “convencido de que en esta etapa que se inicia tendremos que abordar un conjunto de cuestiones fundamentales para (...) para definir el perfil de la ciudad de las próximas décadas. Esto requerirá una tarea efectiva de co-gobierno democrático, sustentada en el respeto mutuo entre el Departamento Ejecutivo y el Concejo Municipal, en una relación fluida que permita la construcción de consensos, priorizando las necesidades de la ciudad por sobre las visiones particulares de cada sector político”. Es decir que las relaciones maduras y los consensos no se dan por supuestos, sino que son planteados como necesarios para alcanzar todos los objetivos enumerados antes. Se deduce que quien se opone a los mismos se opone a las necesidades del todo a favor de sus “visiones particulares”. Las “cuestiones fundamentales” que definirán el perfil de la ciudad en los próximos años sin embargo, dependen de una visión política particular, la suya, que fue electa entre otras visiones particulares. Si las definiciones sobre lo que es justo y necesario fuera consensuable en el marco de un proyecto nacional y provincial mayor general (siguiendo los objetivos de todos, no “visiones particulares”), entonces la elección de una parcialidad sobre otra durante la elección democrática carecería de sentido. Si “la noche negra de la dictadura” y los primeros 20 “años difíciles y traumáticos” de democracia serán superados por la reconstrucción del proyecto nacional, y si se tiene la seguridad de contar con el apoyo de toda la dirigencia política local para hacer lo propio en Rosario, pareciera que no hay visiones políticas diferentes a la suya: todos apoyan el mismo proyecto, que es el proyecto particular de su gestión, y este a su vez es el proyecto *de todo Rosario*.

19 Mensaje del Intendente Municipal de Rosario en el Concejo Municipal (4 de marzo de 2004)

A modo de cierre

La estrategia de Lifschitz para resolver una, elidida pero latente, tensión entre el conflicto y el consenso parte de definir como “general” aquello que es una posición “particular”, difiriéndose la posibilidad representar-construir al otro no partidario como antagonista, dada la eventual no aceptación de lo postulado como objetivamente necesario para la ciudad. Pero el conflicto, aunque diferido, ya tiene un lugar preasignado (hay un actante-adversario que aún no se manifiesta pero al que se lo espera). Por ello se adelantan contra-argumentos sobre potenciales refutaciones. Vemos igualmente que la identidad del colectivo a través del que se identifica la gestión de Lifschitz con la ciudad de Rosario construye una frontera explícita con el fin de “equivalenciar” las demandas heterogéneas locales, pero esta frontera es con un pasado catastrófico impersonal.

Se señala que se da por seguro el “apoyo unánime”, no sólo de una ciudadanía indistinta, sino también del gobierno provincial de signo partidario diferente para obtener respuesta a un reclamo que sin embargo siempre ha generado conflictos entre Rosario y el gobierno provincial. Cabe preguntarse ¿qué implica la no aceptación de su propuesta particular si ésta es definida como una propuesta de validez universal, de cuya implementación depende el bienestar de toda la comunidad? No puede sino suponer el deber de enfrentarse con quien la rechaza en tanto se opone al bienestar del *todo comunitario* Rosario. En este caso, la “fuerza ilocutiva” directa del enunciado puede ser la “proponer” un programa de acción común a todos los actores políticos y sociales, pero su fuerza ilocutiva efectiva es la de una amenaza: la negación de lo propuesto implica enfrentar lo que tiene carácter de moralmente necesario.²⁰

105

BIBLIOGRAFÍA

- ABOY CARLÉS, G. (2005), “Populismo y democracia en la Argentina Contemporánea. Entre el hegemonismo y la refundación”, en *Estudios Sociales* N° 28, Santa Fe, Universidad Nacional del Litoral, 2005.
- BADIOU, A. (1985) *¿Se puede pensar la política?*, Argentina, Nueva Visión, 1990
- DUROT, O. (1994), *El decir y lo dicho*. Buenos Aires, Edicial,
- GREIMAS, AJ (1980) “Las adquisiciones y los proyectos”, en COURTÉS, J., *Introducción a la semiótica narrativa y discursiva*, Bs.As., Hachette,
- (1990). , *Del sentido II, ensayos semióticos*, Madrid, Gredos
- GREIMAS, ALGIRDAS J. , “Le contrat de véridiction”, en GÓMEZ Moraina (ed), *Le vrai semblable et la fiction*, Ed. K.R. Gürtler, Montreal, 1990

20 En los sucesivos discursos de los años 2004, 2005, 2006 y 2007 los desacuerdos se harán manifiestos y se mencionará que los reclamos no fueron oídos. Serán enunciados otra vez con un estilo conciliador, pero ahora sí serán, como era previsible, necesariamente personalizados. Lamentablemente por razones de espacio no podemos explayarnos más sobre este punto citando ejemplos concretos, sugerimos al lector que se remita al sitio web del intendente Miguel Lifschitz, en donde encontrará los discursos oficiales del mismo producidos durante su primera gestión municipal: <http://www.mlintendente.com.ar/>

- KERBRAT-ORECCHIONI, C. (1993). *La enunciación: de la subjetividad en el lenguaje*, Buenos Aires, Edicial
- LACLAU, E., MOUFFE, C. (1985), *Hegemonía y Estrategia Socialista*, Buenos Aires, FCE, 2004.
- LACLAU, E (1990) "Why do Empty Signifiers Matter to Politics?" en Laclau, E., *Emancipation(s)*, Surrey, Verso, 2007, p. 36-46
- (1993) *Nuevas reflexiones sobre la revolución de nuestro tiempo*, Nueva Visión, Buenos Aires.
- (2005) *La Razón Populista*, Buenos Aires, FCE.
- LEFORT, C. (1991) *La invención democrática*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- LÜDERS, T. (2009A) "La efectividad de la enunciación política, entre la interpelación y la interpretación", publicado en *La trama de la Comunicación Anuario* del Dto. de Ciencias de la Comunicación, UNR (Vol. 13), Rosario, UNR Editora.
- (2009B), "Notas para el estudio del discurso político en las sociedades mediatizadas".
- Revista Latinoamericana de Comunicación Chasqui (en prensa), Centro Internacional de Estudios Superiores de Comunicación para América Latina, Quito.
- MARCHART, O. (2010) *El pensamiento político posfundacional. La diferencia política en Nancy, Lefort, Badiou y Laclau*, Buenos Aires, FCE .
- MOUFFE, C. (2007) *En torno a lo político*, Buenos Aires, FCE.
- RANCIÈRE, J. (1996) *El desacuerdo política y filosofía*, Buenos Aires, Nueva Visión.
- SCHMITT, C., *El concepto de lo político*, Barcelona, Alianza
- VERÓN, E. (1999) *Efectos de agenda*, Barcelona, Gedisa,.
- (2001). *El cuerpo de las imágenes*, BogotaD, Norma.
- (2004), *Fragmentos de un tejido*, Barcelona, Gedisa.
- (1998), *La Semiosis Social*, Barcelona, Gedisa.
- (1987) "La palabra adversativa" en el Discurso Político, Bs. As, Hachette.